3981

En Babia

EN BABIA

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA

arreglado del frances

POR

CALISTO NAVARRO

Y

EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA

Estrenado con gran aplauso en el TEATRO DE VARIEDADES de Madrid, la noche del 14 de Diciembre de 1882

MADRID: 1882
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1

PERSONAJES	ACTORES
MATILDE.....	SRTA. DOÑA LUISA RODRIGUEZ.
DOÑA ROSA....	SRA. DOÑA CONCEPCION RODRIGUEZ.
FAUSTO.....	SR. D. JOSÉ VALLÉS.
VIRGINIO.....	J. JOSÉ LUJAN.
SALAZAR.....	JOSÉ ROCHEL.
JULIAN.....	EDUARDO SANCHEZ.

La accion, en Madrid: época actual.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante; puerta en el foro y dos á la izquierda; entre estas, chimenea: sobre ella, reloj de bronce: á la derecha, balcon en primer término. Secreter, velador, butacas, sillas, etc., etc. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN, y luégo FAUSTO.

JUL. Sopla, Julian, sopla! (De rodillas ante la chimenea y figurando encenderla.) Pues señor, maldito si entiendo el capricho de mi amo! Mire usted que mandarme encender la chimenea en Agosto, y cuando se dispone á ir á la iglesia á que le lean la epístola de San Pablo!...

FAUST. (Saliendo.) Está ya eso?

JUL. Echando chispas, señorito.

FAUST. Abre el balcon.

JUL. Que abra?...

FAUST. Sí, hombre, sí, el balcon.

JUL. (Pues no lo entiendo...) (Abre el balcon.)

FAUST. Acabaron ya los tapiceros?

JUL. No, señorito; aún tienen para rato.

FAUST. Está bien: véte.

672190

JUL. (Y esto es un marido en puertas?)
FAUST. Ah! (Recordando.)
JUL. Eh? (Volviendo.)
FAUST. Traerán un ramo de flores.
JUL. No sé, señorito.
FAUST. Te digo que lo traerán!
JUL. Bueno, que lo traigan.
FAUST. Lo tomas con cuidado y me avisas inmediatamente.
JUL. Ya. Será para la novia?
FAUST. Pues no, que sería para tí!
JUL. Podia haberle dado á usted ese capricho.
FAUST. Mira, lárgate.
JUL. (Pero por qué se casarán ciertos hombres?)
FAUST. Qué dices?
JUL. Nada, señorito, nada. (Vase.)

ESCENA II.

FAUSTO.

Los criados de los solteros se toman unas confianzas y unas... Demonio, qué calor hace aquí! Ea, Fausto, valor! Dicen que el fuego todo lo purifica. (Saca del secreter una cajita elegante.) Comencemos el auto de fe. Hoy acaba mi vida de calavera y comienza la del hombre sensato y juicioso. (Abre la cajita y va sacando de ella los objetos que indica el diálogo.) Flores secas; al fuego. Un rizo de cabellos, negros de nacimiento y rubios de artificio; guerra á los postizos! Una cartita color de rosa, que huele á pachulí. (Leyendo.) «Tu Graciela.» Buena bailarina y mejor italiana. Otra. (Lee.) «Cuerido Fausto, si tú me guieres como yo te guiero, seré dihosa. Marguarita.» Superior ortografía. Un paquete de cartas. (Las va echando al fuego una á una.) Nieves; al fuego. Nieves, Nieves. Ahí, que se derritan. Esta es una mujer casada, que se empeñó en escribirme todos los dias, sin que me ligára con

ella ni el más leve compromiso. Sin embargo, cualquiera se figuraria lo contrario... Pobre mujer! Lo cierto es que yo he llevado la broma demasiado léjos, y si se enterára el marido .. Porque lo gracioso es que él mismo me ha estado trayendo á casa la correspondencia en el forro de su sombrero. «Mi mujer me ha dicho que te pregunte cuándo hay algun estreno en los teatros.» Era la contraseña para que yo recogiese la carta. (Cogiendo otra carta.) Flora! Esta es harina de otro costal: fué mi novia, pero reñimos amistosamente, y la fatalidad hizo que se casára con otro de mis amigos, un tal Salazar: yo visitaba la casa, pero siempre respeté el sagrado lazo que...

ESCENA III.

DICHO.—JULIAN.—En seguida, SALAZAR.

JUL. (Anunciando.) El señor Salazar! (Váse en seguida.)

FAUST. Demonio, el marido! (Echa la carta en el fuego.) Queridísimo Antonio!

SAL. Buenos dias, Fausto. (Con gravedad,)

FAUST. (Qué tono!)

SAL. Estamos solos?

FAUST. Solos completamente.

SAL. Vengo á hablarte.

FAUST. La ocasion es oportuna.

SAL. Siéntate y hagamos historia. (Se sienta.)

FAUST. Historia natural? (Sentándose.)

SAL. No, profana. Tú eras mi amigo.

FAUST. Y lo soy.

SAL. No!

FAUST. Cómo que no?

SAL. Yo era casado.

FAUST. Ya lo sé.

SAL. Ahora soy viudo.

FAUST. Tambien lo sé.

SAL. Flora huyó de nosotros hace seis meses.

FAUST. Ya hace seis meses?

SAL. Hace más de cinco que no te veo por casa.

FAUST. (Malo!)

SAL. Por qué no te veo?

FAUST. Pues bien cerca me tienes.

SAL. No te chancees.

FAUST. Te diré: ahora estoy muy ocupado; voy á casarme.

SAL. Ya lo sé; hoy, y no me has invitado.

FAUST. Pero si estás de luto ..

SAL. Esa es una evasiva.

FAUST. No lo creas, Antonio.

SAL. Todas las tardes venías á mi casa.

FAUST. Es cierto.

SAL. Jugábamos al dominó, y mi mujer nos acompañaba.

FAUST. (A dónde irá á parar?)

SAL. Desde que ella falta, ni vienes, ni jugamos.

FAUST. Coincidencias...

SAL. Fausto, mis sospechas acrecientan.

FAUST. Cómo! supones?...

SAL. No lo sé, pero si fuera cierto, la sangre lavaria la ofensa.

FAUST. Un duelo?

SAL. No; los duelos no resuelven nada. Te esperaria en la calle, armado con un estoque, y te daria un volapié.

FAUST. Pero hombre, hombre! tú has almorzado hoy fuerte?

SAL. Estoy con el chocolate; pero contesta. Tú ibas á casa por ella, ó por mí?

FAUST. Eso no se pregunta!

SAL. Eh? (Incorporándose.)

FAUST. Por tí, hombre, por tí!

SAL. Te creo.

FAUST. (Celos de ultra-tumba.)

SAL. Mejor dicho: necesito creerte.

FAUST. Para que te convenzas, aunque el comedor de mi suegra es muy pequeño, quedas invitado á la boda.

SAL. Ah! gracias, gracias, Fausto!

FAUST. (Respiro!)
SAL. Pero hay un detalle horrible.
FAUST. (Ya está pesado el hombre!)
SAL. Hoy son mis dias!
FAUST. Sí? Pues que los tengas muy felices.
SAL. No!
FAUST. Pues que no los tengas felices.
SAL. Todos los años me enviabas un obsequio ántes de las diez de la mañana.
FAUST. Es mucha verdad.
SAL. Son las diez ménos cuarto!
FAUST. Pues todavía faltan quince minutos.
SAL. Luego te has acordado de mí?
FAUST. Ya lo creo! (Le regalaré mi petaca.)
SAL. La prueba, dame la prueba!
FAUST. Espera, hombre. (Buscando en los bolsillos.) (Pues no sé dónde la he puesto.)
SAL. La prueba y me declaro imbécil.
FAUST. No es necesario que lo pruebes. (Vaya un conflicto!)

ESCENA IV.

DICHOS.—JULIAN con un ramo de flores en la mano.

JUL. Señorito, aquí está el ramo.
FAUST. Gracias á Dios! (Quitándole el ramo de la mano. Vase Julian.) Toma, y confúndete.
SAL. Un ramo de flores! No me parece muy propio.
FAUST. Qué! Lo rehusas?
SAL. No! Abrázame. A qué hora es la ceremonia?
FAUST. A las once.
SAL. En qué iglesia?
FAUST. En San Márcos.
SAL. Allí me casé yo.
FAUST. (Si yo lo hubiera sabido...)
SAL. A las diez y media estaré aquí. Voy á vestirme.
FAUST. Adios.
SAL. Venga otro apreton. Ya soy feliz. (Vase.)

ESCENA V.

FAUSTO, y luégo DON VIRGINIO.

FAUST. El demonio cargue contigo! Contenta se pondria mi novia si supiera que el ramo que la destinaba se lo lleva ese estafermo. Pero si no lo hago así, era capaz de armarme un escándalo. Yo no sé cómo Flora se casó con un tipo semejante. Yo la hubiera hecho más feliz. Así le salió ello. La pobrecilla se consolaba despues con las atenciones que yo la prodigaba, y todo se la volvia suspirar y echarme unas miradas... Bien que para eso de las miradas, ninguna como Nieves. Qué ojos! Parecen los de esas figuras que hay en algunos relojes de pared. Así, reventones...

VIRG. (Dentro.) Dónde está? Quiero verle.

FAUST. Cálle! es la voz del marido. Parece que se han dado cita los dos. (Don Virginio aparece en el foro.)

VIRG. Fausto, vengo á reñirte. Buena la has hecho!

FAUST. Qué pasa, amigo Virginio?

VIRG. Si yo no acudiera á remediar tus faltas!...

FAUST. Pues qué falta he cometido yo?

VIRG. Friolera! Que se te ha olvidado invitarnos á tu boda!

FAUST. Hombre, pues es verdad!

VIRG. Nieves estaba furiosa, pero yo la apacigüé. «Me las ha de pagar!» decia, estrujando el pañuelo que ha empezado á bordarte.

FAUST. Como es tan nerviosa!

VIRG. Yo he cargado con toda la responsabilidad; le he dicho que nos habias invitado, pero que á mí se me habia olvidado decírselo.

FAUST. Buen arreglo!

VIRG. Ya sabes que Nieves, á pesar de sus cuarenta años, es una chiquilla.

FAUST. Sí, es muy inocente.

VIRG. Si vieras qué impresion le hizo el saber que te casabas!

FAUST. Impresion! Por qué?

VIRG. Lo ignoro; pero yo le dije: «Déjalo que se case; así no pierdes el amigo y ganas una amiga en su mujer»; porque tu mujer ha de parecerse mucho á la mia.

FAUST. (No lo quiera Dios!)

VIRG. Aquí entre nosotros, yo creo adivinar el motivo de su disgusto.

FAUST. Tú? (Estoy en ascuas!)

VIRG. Sí, hombre; tú no lo calculas?...

FAUST. No, no caigo...

VIRG. Nieves habia contado sin la huéspeda!

FAUST. Eh?

VIRG. Tenía proyectos con respecto á tí.

FAUST. Yo te juro que por mi parte...

VIRG. No, si ya sé que á tí Dorotea no te hace gracia.

FAUST. Cómo Dorotea?

VIRG. La sobrina de Nieves: queria casarte con ella, como si lo viera.

FAUST. Ah! Vamos... Tú supones...

VIRG. Pues qué, soy yo tonto? El otro dia se lo indiqué; se puso encendida como una amapola, y me dijo que yo estaba en Babia.

FAUST. Es claro.

VIRG. Eso digo yo; es claro y evidente que he adivinado sus proyectos.

FAUST. Me asombra tu penetracion.

VIRG. Yo leo en el corazon de mi mujer como en un libro. La pobre se aburre y tiene un humor... No, y el caso es que yo tambien me aburro, porque echo de ménos la partidita de ajedrez que jugábamos todas las tardes.

FAUST. Sí, eh?

VIRG. Como el ajedrez es un juego tan á propósito...

FAUST. (Para dormirse.) Otros prefieren el dominó.

VIRG. A mí no me gusta, ni á Nieves tampoco. Lo cierto es que pasábamos el rato muy á gusto los tres: digo, los cuatro, porque hay que contar al perro, á Pimpollo, que desde que nota tu falta se ha puesto tan triste...

FAUST. Pobre animalito!

VIRG. Te quiere como si fueras de su familia.

FAUST. Gracias.

VIRG. De la nuestra he querido decir.

VIRG. Y ahora que me acuerdo! Nieves me ha dicho que te pregunte cuándo hay algun estreno en el Circo de Rivas.

FAUST. (Cálle! La contraseña!) Estreno? No sé... (Me escribe!) Deja el sombrero, que te molestará. (Quiere quitárselo.)

VIRG. No, si me voy; tengo que comprarme guantes.

FAUST. Tiempo tienes; deja. (Le toma el sombrero.)

VIRG. Pero si es el caso...

FAUST. Aún no me has dicho nada de mi nuevo mobiliario.

VIRG. No habia caido. Es de mucho gusto.

FAUST. (Registrando el sombrero.) (A la derecha del lazo de la cinta.)

VIRG. Dame. (Queriendo coger su sombrero.)

FAUST. A que no te has fijado en el reloj?

VIRG. El reloj? (Buscando.)

FAUST. Sobre la chimenea.

VIRG. Sí; magnífico, chico; soberbio!

FAUST. (Aquí está.) (Sacando un papel del forro.)

VIRG. Y dónde has encontrado?...

FAUST. Entre la badana.

VIRG. Cómo! Entre la badana?

FAUST. Sí, sí... porque á la derecha de la relojería... donde le compré, hay un guarnicionero, sabes? y á la izquierda, un almacen de curtidos... De modo que...

VIRG. Eso es, entre la badana.

FAUST. Hazme el favor de darle cuerda: ahí está la llave. (Mientras Virginio da cuerda al reloj, Fausto lee el papel:) («Su conducta de usted es incalificable; hoy mismo han de quedar mis cartas en mi poder.» Y las he quemado!)

VIRG. Chico, cuánta cuerda tiene!

FAUST. Mucha cuerda, mucha cuerda! (Es capaz de venir á pedírmelas á mi misma casa.)

VIRG Creí que no acababa nunca. Ea, dame el sombrero, que me voy á escape.

FAUST. Ya que te empeñas... (Se lo da.)

VIRG. Sí; tengo aún que ir á casa del primo de mi mujer á preguntarle qué hay de estrenos.

FAUST. Cómo! El primo... Tan pronto?

VIRG. Como tú no me das razon...

FAUST. (A rey muerto...)

VIRG. Conque, lo dicho. (Va á marcharse, y se detiene viendo entrar á Doña Rosa.)

ESCENA VI.

DICHOS.—DOÑA ROSA.

ROSA. Buenos dias.

FAUST. Mi suegra!

VIRG. Señora!

ROSA. Beso á usted la mano.

VIRG. Preséntame.

FAUST. Mi amigo don...

ROSA. Muy señor mio: he tenido mucho gusto en conocerle.

VIRG. Gracias; igualmente.

FAUST. Qué novedad es esta? Y Matilde? Aun no es la hora convenida.

ROSA. Ya lo sé: tenemos que hablar.

FAUST. Tome usted asiento.

VIRG. (Esta sí que debe traer cuerda para seis dias.)

ROSA. Quiero que hablemos á solas.

FAUST. Hable usted. Este es casi de mi familia.

VIRG. Sí, soy otro él.

ROSA. Ustedes se entenderán.

FAUST. (Qué demonios le pasa?)

ROSA. Empezaré por decirle á usted, que aunque su figura de usted no es maleja, ni su cara tampoco, nunca fué usted santo de mi devocion.

FAUST. Señora...

VIRG. (Así, con franqueza.)

ROSA. Pero mi niña se encaprichó; usted supo tocar la cuerda sensible; de simple visita ascendió usted á novio oficial, y hoy debia verificarse el proyectado enlace.

FAUST. Y se verificará.

ROSA. Su capital de usted es aceptable, y por eso le acepté.

FAUST. Tanto desinteres me admira.

ROSA. Al llegar las cosas á su período de madurez, ha surgido un incidente desagradable, sobre el cual necesito una explicacion categórica.

VIRG. (Huyuyuy, qué pico de oro!)

FAUST. Hable usted.

ROSA. Matilde queda en manos de la peinadora, y yo, aprovechando esta coyuntura, he tomado un coche y me he plantado aquí para decirle á usted que he recibido un anónimo esta mañana...

VIRG. Un anónimo!

FAUST. Algun chisme; como si lo viera.

ROSA. No he querido enseñárselo á Matilde, y hélo aquí. (Lo saca del bolsillo.)

FAUST. Bien, pero de qué se trata?

ROSA. De una villanía sin nombre; de unas relaciones no sancionadas por la sociedad, que usted viene manteniendo con una mujer casada.

FAUST. Yo?

VIRG. (Canario!)

FAUST. (Me han partido.)

ROSA. Una mujer casada, á cuya casa va usted todas las tardes, con menoscabo de la moral pública.

FAUST. Doña Rosa!

VIRG. Poco á poco. Fausto no visita por las tardes más casa que la mia.

FAUST. Justo; allí jugamos al ajedrez.

VIRG. A cinco céntimos la partida.

ROSA. Usted es soltero?

FAUST. Para el caso, como si lo fuera.

VIRG. Yo respondo de la buena conducta de mi amigo.

ROSA. Entónces, cómo afirman en este papel?...

FAUST. Venga. (Mirando el papel.) (Demonio! La letra de Nieves!)

VIRG. A ver? (Alarga la mano.)

FAUST. (Interponiéndose.) Es inútil. (Buena se armaria!) Los anónimos sólo merecen el desprecio de las gentes honradas. (Lo rompe y echa los pedazos en la chimenea, quedando uno en el suelo.)

ROSA. Yo le dí algun crédito, porque como ántes habian llegado ciertos rumores á mis oidos...

VIRG. Toma! Tambien á mí me chillan los oidos muchas veces y no hago caso.

FAUST. Usted, por lo visto, se halla mal prevenida contra mí, y por eso mismo quiero sincerarme á sus ojos.

ROSA. Ah! luego hay algo?

FAUST. (Audacia!) Sí; algo que, al pasar al dominio público, ha ganado en malicia todo lo que ha perdido en veracidad.

VIRG. (Bajo á Fausto.) No te achiques.

FAUST. Yo he estado, efectivamente, visitando una casa todas las tardes por espacio de dos años; una mujer casada habitaba en ella; un marido confiado me brindaba con su intimidad.

ROSA. Con la suya?

VIRG. Naturalmente!

FAUST. Aquella mujer me amaba desde ántes de su matrimonio, y yo no habia sido indiferente á sus atractivos.

VIRG. Lo mismo hubiera hecho yo.

FAUST. Por respeto á la moral, sólo nuestros ojos se comunicaban sus impresiones. Ella estaba enferma; matar de repente una ilusion alimentada casi desde la infancia, hubiera sido en mí un crímen; no tuve valor; me refugié en la mentira, y creyéndose amada, la infeliz vivia satisfecha, pero exenta de remordimientos.

ROSA. Raro es el caso!

VIRG. Y tan raro!

FAUST. Poco tiempo tuvo la maledicencia para cebarse en nosotros; el mal hacia rápidos progresos, y bien pronto su esposo perdió un ángel, yo una amiga, y el mundo tuvo una víctima más.

VIRG. Murió?

FAUST. Hace seis meses.

VIRG. Ya decia yo! seis meses!... El tiempo que hace que frecuèntas mi casa.

FAUST. Esta es la verdad desnuda.

VIRG. Y el marido, sin apercibirse?...

ROSA. Los maridos suelen ser ciegos ó miopes.

VIRG. No todos: aquí me tiene usted á mí que veo crecer la hierba: y si no, que lo diga éste.

ROSA. Usted me jura que es cierto todo cuanto acaba de contarme?

FAUST. Se lo juro á usted.

ROSA. Entónces, te creo, Fausto!

FAUST. (Bravo! Ya me tutea!)

VIRG. (Se salvó.)

ROSA. Matilde no sabrá nada.

FAUST. Al contrario, dígaselo usted todo; yo no debo tener secretos para e la; y cuando en el seno de la familia pueda citar nombres propios, tanto ella como usted quedarán convencidas de mi inocencia.

VIRG. Es lo que se llama un bendito.

ROSA. Al ménos, trata de parecerlo. Conque quedamos en que á las once es la ceremonia?

FAUST. A las once, que no llegan nunca.

ROSA. De aquí partirá la comitiva.

VIRG. De aquí?

ROSA. La escalera de mi casa es sumamente angosta; al fin, de clases pasivas: vivo en piso cuarto con entresuelo; la gente de la calle es sumamente curiosa, y todo esto nos ha decidido á alterar las reglas de costumbre; despues de todo, lo principal es que se casen.

VIRG. Eso es, colocar cuanto antes á la niña.

ROSA. A qué está una? Ah! pero la comida será en casa.

VIRG. Es claro; para comer, cuanto más alto, mejor.

FAUST. A propósito; tendrémos tres convidados más.

ROSA. Imposible! No caben.

FAUST. Mi amigo Virginio, su esposa, y Salazar, otro amigo.

ROSA. Ah! siendo así, nos estrecharémos.

VIRG. Muchas gracias por el estrujon.

ROSA. Conque, Fausto, yo me retiro.

FAUST. Ya procuraré estar abajo para no hacerlas á ustedes esperar.

ROSA. Sí, mejor será.

FAUST. Quiere usted que la acompañe Julian?

ROSA. No, tengo abajo el coche.

FAUST. En ese caso...

ROSA. Caballero, he tenido mucho gusto...

VIRG. Señora, el mio es inmenso.

ROSA. Rosa García, interventora viuda, Cava Alta, catorce...

VIRG. Sí, en las estrellas. Pues Virginio Bobadilla, marido en activo servicio, Belen, 7.

ROSA. No te molestes, Fausto.

FAUSTO. No faltaria más, señora. (Vanse los dos.)

ESCENA VII.

VIRGINIO.—FAUSTO.—Luégo, SALAZAR.

VIRG. Parece una buena mujer; algo habladora, pero... Cálle! (Viendo en el suelo un pedazo de papel.) Restos del anónimo. (Lo coge.) Caracoles! Qué estoy mirando? Esta es la letra de mi mujer!... Sí, no cabe duda!!

FAUST. (De buena me he librado!) (Entrando.)

VIRG. Oye. Tú has visto esto? (Enseñándole el papel.)

FAUST. (El diluvio!!)

VIRG. No has conocido la letra de mi mujer?

FAUST. Yo?

VIRG. Oh, esto es demasiado!

FAUST. Virginio, amigo mio, no te acalores.

VIRG. Una infamia semejante!

FAUST. Calma; discutamos con calma.

VIRG. No, si yo debí figurármelo.

FAUST. No te fies de las apariencias...

VIRG. No en balde decia mi mujer: «Ya verémos si se casa!!»

FAUST. Eh? Qué dices?

VIRG. Hasta dónde arrastra una idea cuando echa raíces en un cerebro femenino!

FAUST. Explícate.

VIRG. Pues nada; que como mi mujer tenía la pretension de que te casáras con su sobrina Dorotea, se ha valido de este anónimo para desbaratar tu boda con la otra.

FAUST. Ah! Conque tú crees... (Pues tambien escapé de esta...)

VIRG. Hay que pensarlo así, porque yo no puedo figurarme que Nieves y tú...

FAUST. Hombre, quieres callar?

VIRG. Eso sería indigno.

FAUST. Atroz. Cómo habia yo de engañarte?

VIRG. Y que á mí no se me hubiera ido por alto. Pero dime; quién es esa casadita, cuya casa visitabas tú?

ESCENA VIII.

DICHOS.—SALAZAR, por el foro, de levita y con guantes negros

SAL. Ya estoy de vuelta.

FAUST. (Bajo á Virginio.) Chist! Calla. (Alto.) Mi amigo don Antonio Salazar.

VIRG. Muy señor mio.

FAUST. Mi amigo don Virginio Bobadilla.

SAL. Los amigos de mis amigos merecen todas mis simpatías.

VIRG. Yo soy muy simpático para todo el mundo. Que lo diga éste.

SAL. Nuestra amistad no es un afecto pasajero. Dos años, dia por dia, nos hemos estado reuniendo todas las tardes. Pero la muerte de mi esposa acaecida hace seis meses...

VIRG. (Seis meses! Qué apostamos á que es el...)

FAUST. (El mismo va á descubrirse.)

VIRG. Sería este caballero, por ventura, con quien jugabas al dominó?

FAUST. No.

SAL. Cómo que no?

FAUST. Digo, que no hay por qué negarlo.

VIRG. Entonces, ya la cogí.

SAL. Eh? Qué ha cogido usted?

FAUST. (Bajo á Virginio.) No me comprometas!

VIRG. (Procurando contener la risa.) Decia que...

SAL. Qué le ha dado? (A Fausto.)

FAUST. Dispénsale: son los nervios.

VIRG. Estoy pensando que... (Ahogándole la risa.) si jugaban ustedes al dominó... á usted le tocaria siempre el seis doble.

SAL. A mí?

VIRG. Este tiene mucha suerte. (Idem.)

SAL. (Vaya una enfermedad rara!)

FAUST. (Yo me quito de en medio.) Amigos mios, con permiso de ustedes, voy á vestirme.

VIRG. Sí, hombre, sí.

SAL. Por mí no te detengas.

FAUST. (Allá ellos.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA IX.

VIRGINIO.—SALAZAR.

SAL Qué buen amigo es Fausto!

VIRG. Oh! excelente! (Si tú supieras...) Usted debe quererle mucho.

SAL. Mucho.

VIRG. Es natural. (El juego de ántes.)

SAL. (Pues está divertido el hombre!) Mi mujer le estimaba tambien bastante. Pobre Flora! Poco ántes de morir le estaba bordando un gorro.

VIRG. Un gorro! (El mismo juego.)

SAL. (Otro ataque?) No ha ensayado usted la electricidad?...

VIRG. Eh?

SAL. Nada, no he dicho nada.

VIRG. (Estará chiflado?)

SAL. (Me da lástima.) Amigo mio, crea usted que si estuviera en mi mano poderle favorecer de algun modo...

VIRG. Lo mismo le digo á usted.

SAL. Nuestra situacion no es la misma.

VIRG. Ya lo creo que no.

SAL. Estoy muy contento de haberle conocido á usted.

VIRG. Lo mismo digo: mándeme usted lo que guste. (Se dan las manos.) (Hay que nacer para ciertas cosas.)

ESCENA X.

DICHOS.—FAUSTO, que va á colocarse frente al espejo, echándose el nudo de la corbata.—Despues, JULIAN.

FAUST. (Viéndoles darse las manos.) Se han hecho amigos! Más vale así.

JUL. (Por el foro.) Señorito, los coches están á la puerta. (Vase.)

FAUST. Voy, voy en seguida. Demonio de corbata! (Impacientándose.)

SAL. Qué te pasa, hombre?

FAUST. Que no acierto á echarme el nudo.

VIRG. Ya te lo echarán en la iglesia, y bien apretado.

FAUST. Por vida!...

VIRG. Tómalo con calma.

FAUST. Vamos, ya está. Ahora los guantes. Dónde he puesto yo los guantes? (Dando vueltas, atolondrado.)

SAL. (Idem.) Dónde están los guantes?

VIRG. Busquemos los guantes. (Los tres dan vueltas por la escena, tropezando unos con otros.)

FAUST. Me los habré dejado en mi cuarto. (Vase corriendo por la izquierda.)

ESCENA XI.

VIRGINIO.—SALAZAR.—DOÑA ROSA y MATILDE, por el foro.

MAT. Y dijo que nos esperaria en la puerta!

ROSA. Dónde está? Se ha puesto malo?

VIRG. No, señora; sale en seguida. (Qué guapita es la novia, eh?) (A Salazar.)

ROSA. Estos futuros de hoy dia, tienen que ver... No está una tranquila hasta que ya son pretéritos.

VIRG. Y dentro de poco habrá que cazar á los novios

con lazo, como á los perros que no pagan contribucion.

SAL. Tengo mucho gusto en dar mi parabien á la futura esposa de mi amigo Fausto.

MAT. Caballero... (Hablan.)

ROSA. Quién es este hombre? (A Virginio.)

VIRG. La víctima!

ROSA. Eh?

VIRG. El marido de la individua aquella...

ROSA. (Vaya un tipo!) Niña, este caballero desea conocerte. (Por Virginio.)

SAL. (Pues me ha dejado con la palabra en la boca.)

VIRG. Señorita, yo... (Vaya si es guapa!)

SAL. Decia á su niña de usted...

ROSA. Pero ese yerno mio en qué piensa?

SAL. Vamos, estoy en desgracia.

MAT. Mamá, no se impaciente usted de ese modo.

ROSA. Es que abajo espera el padrino, y esta es una desatencion. Fausto! Fausto! (Gritando.)

ESCENA XII.

DICHOS.—FAUSTO.—Despues, JULIAN.

FAUST. (Poniéndose el frac.) Dispensen ustedes; dispensa, Matilde mia, pero... la emocion me tiene tan nervioso, que no acertaba ni á vestirme.

MAT. Por mi parte estás dispensado.

FAUST. Oh! Matilde, tú eres un ángel de bondad! (Le besa la mano.)

ROSA. Orden. (Interponiéndose.)

SAL. Bonito papel hacemos. (A Virginio.)

VIR. Otros los hacen peores.

SAL. (Vaya una salida!)

ROSA. Vamos, hombre. Jesus, qué calma!

FAUST. Sí, vamos corriendo.

ESCENA XIII.

DICHOS.—JULIAN, que entra muy agitado.

JUL. Señorito! Señorito!

EAUST. Qué hay? (A los otros.) Con permiso de ustedes. (Se aparta á un lado con Julian.)

ROSA. Otra detencion?

JUL. No sabe usted quién está ahí?

FAUST. Quién?

JUL. Doña Nieves, la esposa de Don Virginio.

FAUST. Jesucrito!

JUL. Dice que viene á recoger no sé qué cosa, y se ha entrado de rondon en el despacho.

FAUST. En èl despacho! (Va á mirar por la cerradura de la segunda puerta derecha.) Corre, cierra la puerta que da al pasillo, y no la dejes escapar hasta que nos marchemos.

JUL. Está bien. (Qué lio.) (Vase corriendo por el foro.)

FAUST. (Cerrando la puerta del despacho y guardándose la llave.) Ya está segura.

ROSA. Pero Fausto...

MAT. Qué sucurre, hombre?

FAUST. Nada; cuando ustedes gusten.

VIRG. En marcha. (Dan fuertes golpes en la puerta del despacho.)

TODOS. Eh?

MAT. Qué es eso?

ROSA. Quién da esos golpes?

FAUST. Los... los tapiceros, sin duda.

ROSA. Qué estropicio!

FAUST. Vámonos. (Siguen los golpes.)

VIRG. Espera. Voy á hacerlos callar. (Acercando la boca á la cerradura.) A ver si no arman ustedes tanto ruido!! (Cesan los golpes.)

FAUST. (Ha reconocido su voz!)

MAT. Ya no se oye nada.

VIRG. Hay que saber hablarles á esas gentes.

ROSA. Pero nos vamos ó no?

FAUST. Sí: organicémonos. El brazo, mamá suegra. (Se cogen del brazo.).

SAL. (Ofreciendo el suyo á Matilde.) Yo reclamo el honor de servir á la novia.

ROSA. (A Salazar y Matilde.) Vayan ustedes delante.

VIRG. (A Fausto.) El marido de ayer conduciendo á la futura de hoy.

FAUST. Estás satírico en demasía.

VIRG. Es que ciertos hombres han venido al mundo para estar en Babia toda su vida. (Se dirigen todos al foro, en el órden indicado. Virginio, riéndose y haciendo señas de inteligencia á Fausto. Salazar vuelve la cara amostazado dos ó tres veces.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en una casa de campo. Al foro, vidrieras por las cuales se divisa el jardin. Puertas laterales. Muebles elegantes.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE, sentada en una butaca; FAUSTO, á sus piés, en un taburete. Cada uno tiene en la mano un platillo con una taza pequeña de café, que van sorbiendo poco á poco.

FAUST. Yo he almorzado perfectamente.

MAT. Y yo.

FAUST. En el campo se abre el apetito.

MAT. Y hay más alegría.

FAUST. Y más tranquilidad.

MAT. Sin amigos importunos que nos asedien.

FAUST. Toma un sorbito de mi taza. (Le acerca la taza á los labios. Matilde bebe.)

MAT. En diez dias de casados hemos reñido cuatro ó cinco veces por causa de tus amigos.

FAUST. Pues aquí, en Carabanchel de Arriba, estamos libres de ellos.

MAT. Con tal que no se aparezcan el dia ménos pensado...

FAUST. Imposible. Les he enviado á los dos una carta

de despedida, redactada en los mismos términos, porque yo hago siempre con uno lo que hago con el otro. La carta decia así: «Estoy enfermo, y mi médico me ordena cambiar de aires; salgo de Madrid ahora mismo. Espero que, cuando puedas, irás á hacerme una visita.»

MAT. Entónces, vendrán.

FAUST. No, tonta, si se me ha olvidado á propósito decirles las señas.

MAT. Pues es verdad.

FAUST. Y como á nadie le hemos dicho tampoco ni una palabra...

MAT. Ay Fausto! no sabes el peso que se me ha quitado del corazon; porque la presencia del tal Salazar me recordaba á todas horas...

FAUST. Vamos, no seas niña. Toma otro sorbito. (Matilde bebe.) Tú prometiste que no hablaríamos más de ese particular.

MAT. Es que hay ciertas cosas... A pesar mio, siento aquí algo parecido á los celos...

FAUST. Pero si en aquella época yo no te conocia aún... y por otra parte, ya te lo he dicho cien veces, entre la esposa de Salazar y yo no mediaba más que una amistad... exagerada, sí, un poquito exagerada; pero... en fin, toma el último sorbo.

MAT. (Levantándose y rechazando la taza.) No, no quiero más café. (Fausto pone las dos tazas sobre un velador.)

FAUST. Pues yo le estaria tomando á todas horas. Soy tan feliz á tu lado! Hay momentos en que quisiera á un mismo tiempo reir, llorar, gritar...

ESCENA II.

DICHOS.—DOÑA ROSA, por la derecha.

ROSA. (Con un periódico en la mano.) *El Imparcial.*

LOS DOS. Eh?

ROSA. Ha venido puntualmente. (Se lo da á Fausto, que le arroja sobre un mueble.) No quieres leerlo?

FAUST. Luégo.

ROSA. Hija mia, ese es un buen síntoma, porque prueba que nada le distrae más que tú.

FAUST. Naturalmente.

ROSA. Pero ya cambiará. Cuando me casé, era yo quien leia *La Correspondencia* todas las noches, y mi marido se impacientaba, porque siempre tenía prisa por acostarse; pero andando el tiempo, ¡ay! se cambiaron las tornas.

FAUST. (Cómo charla!)

ROSA. Lo que me parece mentira es que nos veamos libres de aquellos dos fantoches de Madrid: qué don Antonio Salazar, y qué don Virginio Bobadilla!

FAUST. A qué recordar ahora?...

MAT. Sin embargo, yo experimentaba ciertas simpatías por don Virginio; es tan bonachon... y tan risueño...

ROSA. A propósito: ya sabemos en qué se fundaba tu gran amistad con Salazar; pero de la no ménos estrecha que te liga con don Virginio, no conocemos el orígen.

MAT. Es verdad; aún no nos has explicado...

FAUST. Si nuestra amistad no es tan estrecha como ustedes suponen...

ROSA. Cómo que no?

MAT. Pues si tú intervenias en todos sus asuntos.

FAUST. No tanto. Yo le quiero, sí, porque... porque... le debo un gran favor.

ROSA. Cuál?

FAUST. Cuál?

MAT. Sí, cuál?

FAUST. No quisiera decirlo; pero... (lo inventaré.) Pues ese hombre... Virginio...

ROSA. Ya.

MAT. Tu amigo Virginio.

FAUST. Ese... una noche... No, un dia en que yo me dirigí... á la Concha...

MAT. Eh?

ROSA. Otra?

FAUST. Señora, la Concha de San Sebastian. Estábamos en San Sebastian.

LAS DOS. Ah!

FAUST. Hacía un calor insufrible.
ROSA. Sería en verano.
FAUST. No, que sería en Diciembre.
MAT. Continúa.
FAUST. Pues, nada; que decidí bañarme; pero al caer en el agua, me dió un calambre en esta pierna... no, en esta, y... me fuí al fondo.
MAT. Dios mio!
ROSA. Y qué hiciste?
FAUST. Empecé á gritar.
ROSA. En el fondo?
FAUST. No, señora; en la fonda, cuando volví en mí, despues de haber arrojado un cubo de agua.
ROSA, Es decir, que no te ahogaste?
FAUST. Usted dirá, señora.
MAT. Entónces, ya caigo; tu salvador fué...
ROSA. Algun perro de Terranova.
FAUST. No, señora.
MAT. Don Virginio?
FAUST. El mismo.
ROSA. Es posible?
FAUST. Oh! Nada como un bacalao... ántes de ser bacalao.
ROSA. Parece mentira!
MAT. Por qué, mamá?
ROSA. Nadar tan bien un hombre tan feo!
FAUST. Si le hubieran ustedes visto zambullirse en el profundo abismo y agarrarme por los cabellos diciéndome: «Valor, no hay que desesperar.»
ROSA. Pero hablaba tambien dentro del agua?
FAUST. Con los ojos, señora, con la accion... Hasta con los piés se habla en ciertas ocasiones.
ROSA. No, con los piés es imposible.
FAUST. Que no? Pues vea usted á los bailarines; todo lo expresan con las extremidades inferiores.
MAT. Sea como quiera, tú le debes á don Virginio la vida.
ROSA. Eso sí.
FAUST. Pero no se lo recuerden ustedes nunca, porque eso le mortifica.
ROSA. Ya: la modestia...
FAUST. Oh! sí; es muy modesto... como todos los buenos

nadadores.

MAT. Desde ahora me considero obligada á quererle yo tambien.

ROSA. Sí; pero que se quede por allá con el otro.

MAT. Ay, sí; que no vuelvan.

FAUST. No hay cuidado: lo que es ahora, trabajo les mando para que den con nuestro escondite.

ESCENA III.

DICHOS.—JULIAN.—En seguida, SALAZAR.

JUL. (Desde la puerta.) El señor Salazar. (Vase y aparece Salazar.)

TODOS. Eh?

FAUST. (Dios nos asista!)

SAL. Sí, yo soy. Señoras... (Saludando y dirigiéndose en seguida á Fausto y abrazándole.) Pronto, qué tienes? Es cosa de cuidado?

FAUST. (Maldito seas!)

SAL. Habla. Calma esta ansiedad que me devora. (Le toma el pulso.) Tienes fiebre?

FAUST. No. Es una enfermedad... del... hipocondrio. (Se sienta dando señales de abatimiento.)

SAL. Es claro: antes estabas más distraido, cuando jugábamos al dominó en mi casa... Por qué no te acuestas?

FAUST. No es necesario.

MAT. Ya está mejor.

ROSA. Nos lucimos! (A Matilde.)

SAL. Afortunadamente, ya estoy yo aquí para cuidarte, para velarte: pondrémos mi cama junto á la tuya.

FAUST. (Canario!)

MAT. Eso nos faltaba. (A doña Rosa.)

SAL. He traido en mi maleta un botiquin completo y un tratado de Patología.

FAUST. (Me va á matar.) No, chico, te repito que no es necesario.

MAT. El médico nos ha dado muy buenas esperanzas.

SAL. Un buen amigo puede más que todos los médi-

cos juntos. Yo estoy seguro de que el pobre Fausto estaria acriminándome por mi tardanza.

FAUST. Yo? Qué mal me conoces!

SAL. Es que no ha sido mia la culpa. En tu carta de despedida te olvidaste de poner las señas.

FAUST. Es posible!

ROSA. Qué distraccion!

MAT. Fué la marcha tan precipitada!

FAUST. Y cómo has averiguado nuestro paradero?

SAL. Luego lo sabrás. No quiero privarte de otra grata sorpresa que te aguarda. Eso contribuirá á tu alivio.

FAUST. Otra sorpresa? (Se me abren las carnes!)

ROSA. (Qué será ello?)

SAL. Por lo pronto, esta tarde reanudarémos nuestras partidas de dominó.

FAUST. No! No puede ser. El médico me ha prohibido que juegue.

SAL. Pues en qué pasas el tiempo?

FAUST. En...

MAT. En pescar.

SAL. En pescar?

ROSA. Sí, tenemos un estanque lleno de peces encarnados.

MAT. Este los pesca...

ROSA. Y nos los comemos despues.

SAL. Pero se comen los peces encarnados?

ROSA. Pues ya lo creo! No se comen los cangrejos, que tienen el mismo color?

SAL. Corriente: pescarémos juntos.

FAUST. Juntos!

ESCENA IV.

DICHOS. —VIRGINIO, por el foro, con sombrero de paja.

VIRG. Dónde está ese picaronazo?

MAT. Cielos!

ROSA. El otro! (A un tiempo.)

FAUST. (Se llenó el tranvía.)

VIRG. A la órden de ustedes. (Dirigiéndose á Fausto.)

Conque estás enfermo? (Riéndose.) Je! je! Buena cara tienes tú de enfermo!

FAUST. Qué, no lo crees?

VIRG. Quita de ahí, camándulas! Lo que tú tienes es... la... emocion... de la boda... y la... Hombre, y sabes que me has hecho gracia? Me envias una carta de despedida, sin decirme á dónde te marchabas.

FAUST. Perdona; fué una distraccion.

VIRG. Calla, tonto, si ya lo he comprendido. Pero como yo soy tan listo, al momento se me ocurrió la manera de averiguarlo.

FAUST. Hombre! á ver, cuéntame.

VIRG. Pues nada: recordé que estabas suscrito á *El Imparcial*, y me dije: «Pues él habrá dado órden de que se lo envien á donde sea.» Y dicho y hecho, me planté en la Administracion, y allí me enteraron en seguida. (Rumor general.)

MAT. Es ingenioso.

ROSA. Vaya!

FAUST. Y tú (A Salazar.) cómo supiste?...

SAL. Yo? Por este caballero, á quien me encontré cuando salia de la Administracion de *El Imparcial.*

VIRG. Aquello fué providencial.

FAUST. (Qué animal!) Y la sorpresa que me anunciaste? (A Salazar.)

SAL. Aquí la tienes: la visita de este amigo.

TODOS. Ah!

FAUST. Pues es verdad! No habia yo caido en ello.

VIRG. Ya conocerás este sombrero: es el mismo del año anterior.

FAUST. Vaya si lo conozco! (Era el coche-correo del verano.)

VIRG. Ah! Tambien he traido á Pimpollo.

SAL. Pimpollo?

VIRG. Sí, mi perro.

ROSA. Vaya un nombre raro!

VIRG. Es pachon de pura raza. Tiene delirio por éste; pero lo he dejado atado ahí fuera, porque suele morder á los extraños.

SAL. Cáspita!

ROSA. Estamos seguros?

VIRG. Oh! No hay peligro! En dándole algo de comer... Ah! (A Fausto.) Te prevengo que hoy pasaré el dia contigo.

FAUST. Tanto favor!...

SAL. (Me lo va á fatigar.)

VIRG. Al anochecer me volveré á Madrid en el tranvía; pero ántes jugarémos una partida de ajedrez. Mira tú si yo tendria ganas de verte, que mi mujer me dió un encargo para su primo, y no lo he hecho por venir más pronto.

FAUST. No vayas á tener un disgusto por mi causa.

VIRG. Ca! Si no era nada importante. Preguntarle que cuándo hay algun estreno. Pero se lo preguntaré esta noche.

FAUST. (El sombrero de paja vuelve á hacer su oficio.)

SAL. Pues yo he venido para estarme aquí hasta que me echen. Conque si quieres dar órden de que entren mi maleta...

FAUST. Con mucho gústo. (Este es un verdadero asedio.) Vén conmigo.

SAL. (Cómo me distingue!) (Vanse los dos por la izquierda).

ESCENA V.

MATILDE.—DOÑA ROSA.—VIRGINIO.

VIRG. No digan ustedes nada; pero le preparo á Fausto otro alegron.

ROSA. Otro?

MAT. Cuál?

VIRG. Acabo de ver una casa desalquilada al lado de ésta, y me he dicho: pues me vengo á vivir á ella con mi mujer, y así estaremos más cerca.

ROSA. (Ya escampa!)

MAT. Cuánto me alegro!

VIRG. Yo creo que Nieves y usted serán muy buenas amigas.

MAT. Sin embargo, á pesar de haber sido invitada á mi boda, no asistió.

VIRG. Fué bien á pesar suyo. No hice más que dejarlas á ustedes en la iglesia y fuí á buscarla; pero habia salido á hacer una visita, y aunque vino pronto, llegó tan afectada, tan nerviosa...

ROSA. Alguna indisposicion repentina?

VIRG. No, no señora. Vió caer á un pobre albañil desde un andamio, y aunque esto es tan frecuente por desgracia... Ademas, quiere usted que le hable francamente?... Pues está muy resentida con Fausto. Es verdad que él nunca la ha mirado con buenos ojos. Pero todo podria arreglarse si fueran ustedes á hacerle una visita.

MAT. Nada más justo.

VIRG. Entónces, sobre la marcha: se vienen ustedes conmigo esta noche á Madrid; se quedan á dormir en casa, y mañana nos volvemos todos juntos á Carabanchel.

ROSA. (Ya lo arregló á su gusto.)

MAT. Creo que Fausto no tendrá inconveniente en ello. La amistad que profesa á usted es tan sincera como justificada.

VIRG. Nos queremos mucho.

ROSA. Oh! Pero él tiene más motivos para quererle á usted.

VIRG. Más motivos?

MAT. Naturalmente.

ROSA. Si él se hubiera zambullido por usted en alguna ocasion...

VIRG. Dónde?

MAT. En la Concha, por ejemplo.

VIRG. Quién es la Concha?

ROSA. No disimule usted: estamos enteradas de todo.

MAT. Sin su arrojo de usted, qué hubiera sido del pobre Fausto?

VIRG. (Pero de qué hablan?)

ROSA. Y á propósito. Cómo puede usted permanecer tanto tiempo sin respirar?

VIRG. Señora, yo respiro cuando me hace falta.

ROSA. Pero no cuando dá usted una zambullida.

VIRG. (Volvemos á zambullir?)

MAT. Nos referimos al dia en que salvó usted á Fausto de una muerte segura.

VIRG. Yo? Quién ha dicho eso?

ROSA. Repito á usted que el fingimiento es inútil: sabemos que nada usted como un bacalao.

VIRG. (No estás tú mal bacalao.) Señora, yo no me he bañado en mi vida.

MAT. Cómo! Qué dice usted?

VIRG. La verdad.

ROSA. No le creas, Matilde: todo eso es pura modestia.

MAT. Ya se comprende.

VIRG. Le aseguro á ustedes que... (Se oyen dentro, por la parte del foro, voces y ladridos.) Eh?

LAS DOS. Qué es eso?

ESCENA VI.

DICHOS.—JULIAN.

JUL. Pronto, corra usted, Pimpollo ha roto la cadena y se ha lanzado furioso sobre el gato de la señora. (Por Doña Rosa.)

ROSA. Ay, mi gatito! (Echa á correr por el foro, seguida de Julian.)

VIRG. (Corriendo tras ellos.) No tema usted. A mi perro no le gusta la carne de gato. Pimpollo! Pimpollo!

ESCENA VII.

MATILDE.—En seguida, FAUSTO.

MAT. Dios mio, mamá que se está mirando en él!

FAUST. Conque al fin tenemos á los dos dentro de casa!

MAT. Es una verdadera calamidad; pero respecto á tu amigo Virginio, estamos en el deber de guardarle todo género de consideraciones Y si vieras qué formal negaba hace un instante que te ha salvado la vida!

FAUST. Oh! Y lo negará siempre.

MAT. Hemos convenido en que tú y yo nos marcharémos con él esta noche, para hacerle una visita á su señora.

FAUST. (Canario!) Eso no es posible.

MAT. No es posible? Por qué?

FAUST. Porque... él es muy buen sujeto... pero. . la verdad... ella...

MAT. Ya, ya sé que no la has mirado nunca con buenos ojos.

FAUST. Quién te ha dicho eso?

MAT. Su mismo marido, hace un instante.

FAUST. Qué penetracion tiene ese hombre! Pues bien, sí, con efecto. No me gustaria que intimáras con ella... porque...

MAT. Explícate con claridad.

FAUST. Es una mujer... algo coqueta... No, no es esto decir que... pero yo sé cosas...

MAT. Qué cosas?

FAUST. Necesita coquetear siempre con alguno: es su defecto, por más que no pasa de ahí. Ahora dicen que le escribe cartitas á un primo...

MAT. Eso será probablemente una calumnia.

FAUST. Calumnia? Pues yo tal vez pudiera darte una prueba de lo contrario. (Toma el sombrero de Virginio, que está sobre una silla.)

MAT. Una prueba?

FAUST. Qué dirias tú si dentro de este sombrero hubiera una de esas cartitas que la mujer de Virginio dirige á su primito?

MAT. Cómo! En el sombrero del marido?

FAUST. Ni más ni ménos. Tómalo tú misma, y... (Matilde toma el sombrero.) busca debajo de la badana... á la derecha del lazo de la cinta.

MAT. Con efecto, aquí hay un papel. (Sacándolo de donde indica el dialogo.) Pero está á la izquierda.

FAUST. A la izquierda? Bien. (Como la veleta ha cambiado...)

MAT. Pero tú por donde sabes?...

FAUST. Toma! Porque el susodicho primito se ha confiado á mí.

MAT. El? Es extraño!...

FAUST. Oh! Somos amigos desde la infancia.

MAT. Sin embargo, todo esto me parece tan sospechoso, que, á pesar mio, me dan tentaciones de leer esta carta.

FAUST. Si eso ha de tranquilizarte, no veo en ello inconveniente. Estamos solos.

MAT. Oh! Sí, es necesario que yo me asegure... (Abre la carte y lee.) Cielos! «Mi simpático Fausto.»

FAUST. Eh?

MAT. «Ya sabes que siempre te he querido.» Qué significa esto?

FAUST. (Alguna carta antigua que se quedó sin recoger!)

MAT. Habla. Esta carta es para tí?

FAUST. (Por qué no se habrá comprado otro sombrero ese bolonio?) (Coge el sombrero y lo estruja con rabia, arrojándolo despues sobre un mueble.)

MAT. Ah! No respondes. Luego es cierto! Me engañabas! Fausto, Fausto! Esto es indigno! A los diez dias de matrimonio!

FAUST. Cómo! Tú has podido figurarte?.. Ese sombrero es del año pasado. Ya recordarás que Virginio mismo lo dijo hace un momento: la carta, por consiguiente, es atrasada. (Se la arrebata.) Lee, lee la fecha y te convencerás.

MAT. (Leyendo la fecha que le indica Fausto.) No importa: el hombre que así engaña á sus amigos, es un malvado, un traidor, un infame.

FAUST. Matilde! (Salazar aparece por la derecha y se detiene á escuchar.)

SAL. (Están riñendo? Ahora veo que la historia de los baños era una farsa.)

MAT. Cuán ajeno estará el pobre don Virginio de que has estado haciendo el oso á su mujer!

SAL. (Qué oigo!)

FAUST. Matilde, no digas eso: entre esa señora y yo no ha habido nada de que podamos acusarnos.

SAL. (Adelantándose y soltando una carcajada.) Ja, ja, ja! Es gracioso!

FAUST. Cómo! Nos escuchabas?

SAL. Ha sido sin querer. Pero tiene gracia!

FAUST. Salazar, tú tienes ménos derecho que ninguno para reirte.

SAL. Yo? A ver, explícame eso.

FAUST. Chist! Calla. (Viendo entrar á Virginio.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—VIRGINIO, por el foro.

VIRG. Ya dejo á Pimpollo bien seguro; le hemos encerrado. Se empeñó en que habia de entrar aquí conmigo: como te tiene tanta ley!...

MAT. (La vista de estos dos hombres me es ya insoportable!)

VIRG. Pimpollo es un animal muy inteligente. Verán ustedes. Una tarde volvia yo con él de paseo, y al entrar en casa, se lanza como una furia sobre un armario, gruñendo y arañando las puertas. Yo me dije: «Ahí debe haber una rata.»

FAUST. (Por vida...)

VIRG. Acto contínuo, abro el mueble de par en par, y... quién dirán ustedes que estaba dentro?

SAL. Quién?

VIRG. Este, que se habia escondido para ver si Pimpollo le olfateaba... (Por Fausto.)

MAT. (Oh!)

VIRG. Y le olfateó.

SAL. (Lo cuenta delante de la otra!)

FAUST. (Estoy divertido!)

SAL. (Es preciso variar la conversacion.) Hay animales muy extraordinarios, pero ninguno como mi loro.

FAUST. (Ya salió tambien el lorito!)

SAL. Este le habia enseñado á decir una porcion de tonterías, y cada vez que yo entraba en casa, el loro gritaba como un desesperado: «Centinela, alerta!»

MAT. Eso es graciosísimo!

VIRG. (Y lo cuenta delante de la mujer!)

FAUST. (Estoy sudando alquitran!)

VIRG. (Bajo á Salazar.) Hombre, cállese usted.

SAL. Por qué me he de callar?

VIRG. Ahora que me acuerdo, aquí te traigo una cosa que ha de gustarte mucho.

MAT. Qué es ello?

FAUST. (Alguna nueva barbaridad.)

VIRG. El pañuelo que mi mujer te estaba bordando. No quería dártelo, porque, como ya te dije, está un poco séria; pero yo se le pescado, y aquí lo tienes. (Saca el pañuelo del bolsillo.) Es el regalo de boda.

MAT. (Esto es insufrible!) (Se dirige á la izquierda.)

FAUST. Qué, te marchas? (Sin hacer caso del pañuelo.)

MAT. Sí, voy á consultar una cosa con mamá; pronto volvéremos á vernos. (Vase.)

VIRG. Toma. (A Fausto, que no le hace caso.)

SAL. Hombre, guarde usted eso ahora.

VIRG. Por qué?

SAL. Porque está usted en Babia.

VIRG. El que está en Babia es usted.

SAL. No divaguemos.

VIRG. Eso digo yo. (Este lo que tiene es envidia. Se lo daré luego) (Se guarda el pañuelo.)

SAL. Fausto, quieres que echemos una partidita de dominó?

VIRG. Poco á poco: está comprometido ántes conmigo.

SAL. Conmigo.

VIRG. Conmigo.

SAL. Tú (A Fausto.), hazme el favor de decidir esta contienda.

FAUST. Que yo la decida, eh? (A que empiezo con ellos á mojicones?)

VIRG. Es preciso que elijas entre los dos.

FAUST. Hombre, te diré: yo estoy algo fatigado.

SAL. Qué! Te sientes peor?

VIRG. No seas aprensivo.

FAUST. (Dios me dé paciencia.) Si es que... la verdad... por no disgustar á ninguno... Lo mejor es que jugueis los dos solitos, ahí, en mi despacho: yo iré despues á reunirme con vosotros.

VIRG. Hombre, no me parece mal.

SAL. Qué delicadeza!

FAUST. Yo siempre quiero para el uno lo mismo que para el otro.

VIRG. Gracias, chico. (Le da la mano.)

SAL. Gracias. (Idem.)

FAUST. Andad, hijos mios, andad. (Los empuja hácia la puerta de la derecha. Ya en el umbral, Virginio y Salazar se vuelven y le dan la mano de nuevo, desapareciendo en seguida.)

VIRG. (Por Salazar.) Pobre hombre!

ESCENA IX.

FAUSTO.—En seguida, DOÑA ROSA.

FAUST. Vaya una luna de miel que estoy pasando!

ROSA. (Por la izquierda.) Yerno mio, tenemos que hablar.

FAUST. (Esta es la retaguardia.)

ROSA. Mi niña acaba de contarme lo ocurrido, y esto no puede continuar así.

FAUST. (A quién se lo cuenta!)

ROSA. Un pecadillo á cualquiera se le perdona; pero eso de engañar á todos sus amigos, parece una especie de monomanía.

FAUST. Señora, no desbarre usted: yo soy inocente.

ROSA. Cuidado con insultarme, que soy una persona muy fina.

FAUST. No hay más que verla á usted.

ROSA. Mi hija no puede tener confianza en la fidelidad de usted, aunque eso con una buena policía doméstica puede subsanarse; pero ahora lo esencial es que plante usted en la calle á sus amigos inmediatamente, ó aténgase á las resultas.

FAUST. Cómo!

ROSA. Yo no puedo consentir que mi hija viva constantemente mortificada oyendo contar á cada paso á esos hombres las remembranzas de sus locuras de usted. Lo del perro y lo del loro son dos detalles horripilantes para una recien casada.

FAUST. Pero qué quiere usted que haga yo? vamos á ver. Las apariencias...

ROSA. Eso no es cuenta mia; pero oiga usted nuestro ultimátum: si dentro de diez minutos no han salido de aquí esos señores para no volver ja-

más, serémos nosotras las que abandonarémos esta casa.

FAUST. Oh! Eso es un desatino. Pues no faltaba más!

ROSA. Dentro de diez minutos! (Vase.)

ESCENA X.

FAUSTO.—Depues, VIRGINIO y SALAZAR.

FAUST. Tienen razon que les sobra; yo debo tomar cuanto ántes una determinacion Sí, pero cuál? Como no avise á la Guardia civil para que los prenda... Bonita situacion la mia! (Se sienta muy abatido en una butaca. Virginio y Salazar aparecen disputando en la puerta.)

SAL. Usted no sabe jugar.

VIRG. El chambon lo es usted.

SAL. Yo no le he dicho á usted chambon.

VIRG. Pues yo se lo digo á usted.

FAUST. (Una idea!) Qué es eso, se disputa?

VIRG. No! Qué disparate!

FAUST. Acercaos; tengo que daros una noticia desagradable.

VIRG. Eh?

SAL. Qué pasa?

FAUST. Mientras ustedes jugaban, ha estado aquí un médico, dos minutos, lo suficiente para decirme que salga inmediatamente de España.

SAL. Canario!

VIRG. Eso parece una órden de destierro.

FAUST. Asegura que tengo lesionado no sé qué órgano del pecho... y otro órgano de la garganta...

VIRG. Vamos, ese médico ha sido organista.

FAUST. Por lo tanto, voy á pasar algunos meses bajo el puro cielo de Italia.

SAL. Te marchas!

VIRG. Qué golpe tan rudo para mí!

SAL. Y para mí!

FAUST. Pues... y para mí?

SAL. Pero ahora caigo: tú necesitarás allí una persona que te cuide.

FAUST. Llevo á mi mujer.

SAL. No importa. Yo soy viudo, libre, y me marcho contigo.

FAUST. Cómo!

VIRG. No te alarmes. Mi mujer está deseando viajar por Italia. Te acompañarémos.

FAUST. (Misericordia!)

SAL. La amistad todo lo allana.

VIRG. La verdadera amistad.

SAL. Como la nuestra.

VIRG. Es claro.

FAUST. (Qué hacer ahora?) (Dándose palmadas en la frente.) (No se me ocurre nada.)

VIRG. Conque, cuándo es la marcha?

SAL. Tenemos que ponernos de acuerdo.

FAUST. Ah! (Como concibiendo una idea.)

VIRG. Eh?
SAL. Eh? } (A un tiempo.)

FAUST. (Dándoles la mano á los dos.) Gracias, Virginio; gracias Salazar. Veo que me apreciais de véras, y eso me sirve de consuelo en mi desgracia.

VIRG. Qué desgracia?

SAL. Ya te curarás, hombre.

FAUST. No se trata de mi enfermedad, sino de otra cosa más grave.

SAL. Habla.

VIRG. Sí, desembucha.

FAUST. Mi mujer lo ignora todavía, pero al fin tendrá que saberlo

VIRG. Por Dios, acaba!

SAL. Me tienes con el alma en un hilo.

FAUST. Pues bien, mi viaje á Italia no es un viaje,

VIRG. Hombre, qué rareza!

SAL. Pues qué es entónces?

FAUST. Es... una fuga.

LOS DOS. Cómo!

FAUST. Amigos mios, estoy arruinado!

LOS DOS. Arruinado!

FAUST. Una operacion de Bolsa ha dado al traste con todo mi capital; y lo que es peor aún, debo veinte mil duros sobre mi palabra.

SAL. Veinte mil duros!

VIRG. Pero no te he dicho mil veces que el juego no da de sí más que petardos?

SAL. Luego te quedas en la indigencia?

VIRG. Bien empleado le está.

SAL. Pobre Fausto!

VIRG. Pobre Fausto!

FAUST. No tan pobre: tengo aquí (Se señala la frente.) un negocio magnífico.

VIRG. De véras?

FAUST. Es un secreto todavía: no vayan ustedes á descubrirme.

SAL. Qué disparate!

VIRG. Pues no faltaba más!

FAUST. Se trata de... por supuesto, que he contado con vosotros.

SAL. Naturalmente.

VIRG. Eso por sabido se calla.

FAUST. Pero es el caso, que para emprender mi negocio tengo que quedarme en Madrid, y no puedo quedarme en Madrid sin pagar los veinte mil duros que debo.

SAL. Entónces...

VIRG. Tendrás que ausentarte.

FAUST. No tendré que ausentarme, porque vosotros me los prestaréis.

LOS DOS. Eh?

FAUST. Diez mil duros cada uno: no es gran cosa.

SAL. No...

VIRG. Más serian catorce ó quince mil.

SAL. O que uno solo tuviera que dar toda la cantidad.

FAUST. Teniendo en mi poder ese dinero ántes de las cinco de la tarde, me he salvado.

VIRG. Qué hora es?

FAUST. (Saca su reloj.) Las tres en punto.

SAL. (Idem.) No son más que las dos y media.

VIRG. (Idem.) Las tres ménos cuarto.

FAUST. Van ustedes mal.

VIRG. Eso es decir que tú solo vas bien.

SAL. Qué amor propio!

VIRG. A que nos hace creer que nuestros relojes son dos cebollas?

SAL. Como se empeñe en ello ..
VIRG. Siempre ha de imponer su opinion en todo.
SAL. Siempre.
VIRG. Y eso llega á cansar.
SAL. Por mucha amistad que se tenga.
FAUST. (Ya son otros.)
VIRG. Pudiera ser con propósito deliberado...
SAL. Sí, de aburrirnos.
VIRG. Por no decirnos claro que nuestra presencia le importuna.
SAL Que le fastidia.
FAUST. Pero señores...
VIRG. Mas valdria que ántes nos hubieras hablado con franqueza.
SAL. Con claridad.
VIRG. Y nosotros, sin agraviarnos...
SAL. Sin guardarte rencor...
VIRG. Hubiéramos tomado la puerta, como ahora...
SAL. Para no volver á esta casa...
VIRG. Donde tan mal se nos quiere...
SAL. Per omnia sæcula sæculorum.
VIRG. Amén. (Vanse los dos por el foro.)

ESCENA XI.

FAUSTO.—En seguida, MATILDE.—DOÑA ROSA.

FAUST. Aleluya! digo yo. (Gritando.) Matilde! Doña Rosa!
ROSA. (Entrando seguida de Matilde.) Qué tenemos?
FAUST. Todo ha concluido. Abrázame.
MAT. Cómo!
FAUST. Acaban de marcharse para siempre. Nos hemos despedido en latin. Ya podemos vivir tranquilos, sin que nadie venga á turbar nuestra felicidad.
MAT. Pero es de véras?
FAUST. Palabra de honor.
ROSA. Segun y conforme. Qué les ha dicho usted para espantarlos?

FAUST. Les he pedido dinero.

ROSA. Entónces, no vuelven más.

FAUST. Lo sé. A los amigos se les puede pedir todo, todo, ménos la bolsa. El dinero es el telon metálico de la amistad.

MAT. Ojalá le hubieras corrido ántes entre tus amigos y tú!

FAUST. Harto me pesa; pero cuando tengamos un hijo, lo primero que le diré al venir al mundo será lo siguiente: «Hijo mio, no hagas la córte á ninguna mujer casada... hasta que sea viuda.»

ROSA. Como pertenezco á la clase, no me parece malo el consejo.

MAT. Ya soy feliz, bien lo veis;
con que un aplauso nos deis,
cesa mi enojo y mi rabia.

FAUST. Dádsele, si no quereis
que nos quedemos *en Babia*.

FIN DEL JUGUETE.

FOLIER N.° 10219